

El señor Panard era un hombre prudente que a todo temía en la vida. Tenía miedo a los contratiempos, a los fracasos, a los carruajes, a los ferrocarriles, a todos los probables accidentes, pero por encima de todo temía a las enfermedades.

Había llegado a la conclusión, con una extrema convicción, de que nuestra existencia estaba amenazada sin cesar por todo lo que nos rodea. Pensar en una caminata le hacía temer un esguince, en brazos y piernas rotas; la visión de un cristal le sugería las horrorosas heridas provocadas por los cortes del vidrio; la presencia de un gato, en ojos arrancados. Vivía con una prudencia meticulosa, reflexiva, paciente, completa.

Decía a su esposa, una valiente mujer, que consentía sus manías:

-Paciencia, querida, que poco es necesario para destruir a un hombre. Es horroroso pensar en esto. Uno sale a la calle con buena salud, atraviesa el bulevar; un carruaje llega y te atropella; o bien uno se detiene cinco minutos bajo un portal a conversar con un amigo y no se percata de una pequeña corriente de aire que le resbala por la espalda, provocándole una pleuresía. Esto es suficiente. Le puede ocurrir a cualquiera.

Panard se interesaba en especial por la sección “Sanidad Pública” de los periódicos. Conocía la cifra normal de muertes en tiempos de paz, siguiendo las estaciones, la marcha y los caprichos de las epidemias, sus síntomas, su probable duración, el modo de prevenirlas, de pararlas, de curarlas. Poseía una biblioteca médica con todas las obras relativas a los tratamientos puestos a disposición del público por los médicos divulgadores y prácticos.

Había creído durante seis meses en las teorías de Raspail, en la homeopatía, en la medicina dosimétrica, en la metaloterapia, en la electricidad, en el masaje, en todos los sistemas que se suponen infalibles contra los males. Hoy en día, era un tanto escéptico y pensaba, con sabiduría, que el mejor modo de evitar las enfermedades consistía en huir de ellas.

Ahora bien, hacia comienzos de invierno el señor Panard supo, por su periódico, que París sufría una ligera epidemia de fiebre tifoidea: una inquietud, que rápidamente lo invadió, se convirtió, en poco tiempo, en una obsesión. Compraba cada mañana dos o tres periódicos para hacer un estudio promedio con los distintos informes contradictorios, y se convenció en seguida de que su barrio estaba particularmente afectado.

Entonces fue a ver a su médico para pedirle consejo. ¿Qué debía hacer? ¿Irse o

quedarse? Con las respuestas evasivas del doctor, el señor Panard concluyó que había peligro y decidió partir.

Regresó a casa para deliberar con su esposa. ¿A dónde irían? Él preguntaba:

-¿Piensas, querida, que Pau será un buen lugar?

A ella le ilusionaba ver Niza, y respondió:

-Debe de hacer bastante frío allí debido a la proximidad de los Pirineos. Cannes debe ser más sano, puesto que los príncipes de Orleáns van allí.

Este razonamiento convenció a su marido. Dudada, sin embargo, un poco.

-Sí, pero en el Mediterráneo hay cólera desde hace dos años.

-¡Ah!, amigo mío, nunca durante el invierno. Piensa que el mundo entero se da cita en esta costa.

-Eso es verdad. De todas formas coge desinfectantes y ten especial cuidado en completar mi botiquín de viaje.

Partieron un lunes por la mañana. Llegando a la estación, la señora Panard entregó a su marido su neceser personal:

-Toma -dijo ella-. Aquí están tus medicamentos en orden.

-Gracias, querida.

Subieron al tren.

Después de haber leído muchas obras sobre los centros de salud del Mediterráneo, obras escritas por los médicos de cada ciudad del litoral, y de las cuales cada uno exaltaba su playa en detrimento de las otras, el señor Panard, que había pasado por las más grandes dudas, acababa por fin de decidirse por Saint-Raphaël, por la única razón de que él había visto, entre los nombres de los principales propietarios, los de varios profesores de la Facultad de Medicina de París.

Si ellos habitaban allí, era seguramente porque la región estaba sana.

Así que descendió a Saint-Raphaël y se dirigió de inmediato a un hotel cuyo nombre había leído en la guía Sarty, que es la quintaesencia de las estaciones de invierno de esta costa.

Nuevas preocupaciones ya lo asaltaban. ¿Qué menos seguro que un hotel en una región buscada ansiosamente por los tuberculosos? ¿Cuántas enfermedades, y qué enfermos han dormido en estos colchones, bajo estas mantas, sobre estas almohadas, dejando en las lanas, en las plumas, en las telas, miles de gérmenes imperceptibles, procedentes de su piel, de su aliento, de sus fiebres? ¿Cómo osaría él acostarse en estas camas sospechosas, dormir con la pesadilla de un hombre agonizante sobre el mismo lecho, algunos días antes?

Entonces una idea lo iluminó. Pediría una habitación hacia el norte, muy hacia el norte, sin ningún sol, sobre la que ninguna enfermedad habría podido desarrollarse.

Le dieron un gran apartamento glacial que juzgó, a primer golpe de vista, totalmente seguro, ya que parecía frío e inhabitable. Encendió el fuego y luego subió sus pertenencias.

Se paseaba con paso ligero de un lado a otro, un poco inquieto, con la idea de un posible catarro, y decía a su esposa:

-Mira, querida, el peligro de este país es vivir en habitaciones frescas, raramente ocupadas. Se pueden contraer dolencias. Serías muy amable si deshicieras nuestros baúles.

Ella empezaba, de hecho, a vaciar los baúles y a llenar los armarios y la cómoda, cuando el señor Panard se detuvo bruscamente en su paseo y se puso a resoplar con fuerza, como un perro que husmea una pieza de caza. Dijo confuso de repente:

-Pero huele... huele a enfermedad aquí... se puede oler la droga... Estoy seguro de que huele a droga... en serio, ha habido un... un... un tuberculoso en esta habitación ¿no lo hueles, querida?

La señora Panard olfateaba a su alrededor. Respondió:

-Sí, huele un poco a... a... no reconozco bien el olor. En fin, esto huele a medicamento.

Él se lanzó contra el timbre, lo pulsó y cuando el mozo apareció, le dijo:

-Haga venir rápidamente al patrón, por favor.

El patrón llegó en seguida, saludando y con una sonrisa en los labios.

El señor Panard, mirándolo al fondo de los ojos, le preguntó bruscamente:

-¿Cuál fue el último viajero que durmió aquí?

El gerente del hotel, sorprendido en un primer momento, trataba de entender la intención, el pensamiento o la sospecha de su cliente, y, por otra parte, cómo debía responder. Y como nadie había dormido en esa habitación desde hacía mucho meses, dijo:

-Fue el Conde de la Roche-Limonière.

-¡Ah!, ¿un francés?

-No, señor. Un... un... un belga.

-¡Ah! ¿Y disfrutaba de buena salud?

-Sí, es decir no, sufría mucho cuando llegó aquí, pero se fue totalmente curado.

-¡Ah! ¿De que padecía?

-De dolores.

-¿Qué tipo de dolores?

-De dolores... de dolores de hígado.

-Muy bien, señor. Muchas gracias. Pensaba quedarme aquí cierto tiempo, pero acabo de cambiar de opinión. Partiré rápidamente con la señora Panard.

-Pero... señor...

-Es inútil, señor. Nos iremos. Envíe la nota, ómnibus, habitación y servicio.

El gerente, estupefacto, se retiró mientras que el señor Panard decía a su mujer:

-¡Eh!, querida. ¿Lo he descubierto? ¡Has visto como dudaba!... dolores... dolores... dolores de hígado... que más quisiera que dolores de hígado.

El señor y la señora Panard llegaron a Cannes por la noche, cenaron y se acostaron pronto.

Pero apenas llegaron a la cama, el señor Panard gritó:

-¡Eh! El olor. ¿Lo hueles esta vez? Pero...es ácido fénico, querida...; han desinfectado esta habitación.

Se levantó de la cama, se vistió rápidamente y como era demasiado tarde para llamar

a alguien, se decidió rápidamente a pasar la noche sobre un sillón.

La señora Panard, a pesar de las solicitudes de su marido, rechazó imitarlo y se quedó en sus sábanas donde durmió felizmente, mientras que él murmuraba con sus riñones destrozados:

-¡Qué país... que país más horroroso, qué horrible país!. En todos los hoteles no hay más que enfermedades.

Tan pronto amaneció, el patrón fue llamado.

-¿Cuál es el último viajero que ha ocupado esta habitación?

-El Ggran Duque de Bade y Magdebourg, señor. Un primo del Emperador de... de... Rusia.

-¡Ah! ¿Disfrutaba de buena salud?

-Muy buena, señor.

-¿Seguro que buena?

-Seguro.

-Es suficiente. La señora y yo partimos para Niza al mediodía.

-Como guste, señor.

Y el patrón, furioso, se fue, mientras que el señor Panard decía a su esposa:

-¡Qué farsante! ¡Ni siquiera quiere confesar que su viajero estaba enfermo! ¡Enfermo! ¡Ah, sí! ¡Enfermo! Ni siquiera enfermo; lo que estaba era fiambre. Contéstame. ¿Hueles el ácido fénico? ¿Lo hueles?.

-Sí, querido.

-¡Qué bribones, estos gerentes de hotel! Ni siquiera reconocen que estaba enfermo aún habiendo muerto. ¡Que bribones!

Cogieron el tren de la una y media. El olor los siguió dentro del vagón.

Muy inquieta, la señora Panard murmuraba:

-Huele por todas partes. Debe de ser una medida de higiene general en el país. Es

probable que rieguen las calles, los parques y los vagones con el agua fénica por orden de los médicos y las autoridades municipales.

Pero cuando llegaron al hotel de Niza, el olor llegó a ser intolerable.

Panard, aterrado, erraba por su habitación abriendo los cajones, visitando las esquinas oscuras, buscando en el fondo de los muebles. Descubrió en el armario de luna un viejo periódico y le echó un vistazo al azar, leyendo: “Los rumores que se habían hecho correr sobre el estado sanitario de nuestra ciudad carecen de fundamento. Ningún caso de cólera ha sido detectado en Niza ni en sus alrededores...”

Dio un saltó y gritó:

-Señora Panard... señora Panard... es el cólera... el cólera... el cólera... estoy seguro... No deshagas nuestras maletas... Regresamos a París rápidamente...rápidamente.

Una hora más tarde volvían a tomar el rápido rodeados de un olor asfixiante a fenol.

Tan pronto como llegaron a su casa, Panard consideró procedente tomar algunas gotas de un anticolérico enérgico y abrió la maleta que contenía sus medicamentos. Un vapor sofocante salió de su interior. Su frasco de ácido fénico se había roto y el líquido, derramado, había quemado todo dentro del bolso.

Entonces su mujer, con un ataque de risa, gritó:

-¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... amigo mío...aquí está...aquí tienes tu cólera!